



*Las sombras del mañana.
La dimensión subjetiva de la política,*
de Norbert Lechner*

reseñado por Tania Paola López Alvarado**
y Mario Cruz Chavarría Suárez***

Sin duda alguna, la construcción del “mejor” orden social ha sido objeto de estudio permanente tanto de la filosofía como de la sociología política. La controversia que se genera en torno a las características, objetivos y métodos que deben contener las formas de organización social ha sido atendida por diversos autores, que postulan sus argumentos como válidos para justificar o criticar la legitimidad de determinados regímenes políticos.

La cuestión del orden social se ha distinguido por ser un tema central de análisis; en este sentido, la preocupación de Norbert Lechner derivó en la premisa *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*.¹ En dicha obra, Lechner nos describió que en las sociedades modernas el Estado, aunque puede implementar medidas que afecten a la sociedad en su conjunto, se encuentra sometido a procesos sociales que trascienden su control; no existe en ellas un poder central que, a través de una decisión política, sea capaz de encauzar el orden en una dirección determinada.

La temática medular del libro *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado* es que a partir de las relaciones sociales se genera conflicto. Así, el conflicto está ligado a la condición humana en tanto que el orden social no trata de aplicar un orden universal y necesario sino de implementar procedimientos que nos faculten para dirigir el conflicto y construir un orden social que

* Lechner Norbert, *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Colección Escafandra, Santiago de Chile, 2002.

** Ayudante de investigación de la Jefatura en Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

*** Licenciado en Sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

¹ Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Siglo XXI editores, Madrid, 1986.

sirva a todos los hombres. Esto nos permite apreciar valores tales como el pluralismo, la diferencia y el reconocimiento de los otros; los individuos son el resultado de un conjunto de construcciones sociales, es decir, encierran una pluralidad de identidades, que no son susceptibles de reducirse a un orden universal. Este planteamiento expresa un antagonismo de intereses, no como producto de la irracionalidad de los hombres sino, más bien, de la pluralidad y diversidad con que se define el mundo actual. Así, la construcción y reproducción política del orden social es inseparable del conflicto. Por eso, la racionalidad de la práctica política no se expresa en la supresión del conflicto, pero sí en el manejo para hacerlo compatible con la dinámica social y con la integridad y libertad de sus miembros, así como las interacciones sociales que conllevan distintas formas de convivencia.

En este sentido, la relación que guardan estas dos obras, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado* (1986) y *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política* (2002), tiene que ver con la edificación de un orden social referido siempre a la producción social de las formas de convivencia entre los individuos. En su trabajo, *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, el trabajo de Lechner está enfocado hacia la reflexión en torno a la dimensión subjetiva de la política. No alude a ésta como un ámbito natural o espontáneo de la vida social, es decir, no supone ni da por sentado que el estado de las cosas existentes es un hecho natural y que frente a ello no cabrían alternativas, en cambio, la concibe más bien como el resultado de una producción social inducida por nuestras formas de convivencia.

En *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Lechner propone que una de las herramientas fundamentales para entender y dar cuenta de la realidad social son los llamados mapas mentales. Éstos se definen como una representación simbólica de la realidad, mediante la cual estructuramos espacio y tiempo. Su propósito es delimitar el espacio, trazar límites, medir distancias y establecer jerarquías. Y, para dar cuenta de nuestro mundo actual, el autor enfatiza la importancia de reformular nuestras claves de interpretación, pues éstas ordenan el modo de vida social y generan imaginarios colectivos. Es esencial para el autor prestar más atención a las representaciones simbólicas en tanto que crean símbolos e imágenes que interpretan o no la producción social del orden.

Norbert Lechner señala que la tarea de la política consiste en acoger los deseos y malestares, las ansiedades y las dudas de la gente, e incorporar sus vivencias al discurso público. En consecuencia, la comprensión de la subjetividad de la política otorga al ciudadano la oportunidad de reconocer sus experiencias cotidianas como parte de la vida en sociedad. Sin embargo, es necesario establecer una nueva forma de hacer política, pues hoy en día la crisis de representación ha frenado el cambio y avance político. Uno de los problemas que aflora en el mundo de hoy día es que no se logran traducir al debate público las demandas sociales. Los partidos políticos no son capaces de expresar las diferencias existentes entre ellos y, mucho menos, canalizar las demandas de los ciudadanos. Lo anterior

se expresa como un problema estructural en el que se requieren nuevas formas de interpretación, de interlocución y de redimensionamiento del espacio y el tiempo. Aunado a lo anterior, la erosión de imaginarios colectivos son algunos de los elementos esenciales mediante los cuales la gente se reconoce a sí misma como colectividad.

Lechner recapitula a Cornelius Castoriadis citándolo con la siguiente expresión, que sintetiza lo ya dicho:

Somos una colectividad autónoma formada por individuos autónomos. Y que podemos observarnos, reconocernos, interrogarnos en y por nuestras obras (...). La sociedad presente no se acepta como sociedad, se sufre a sí misma. Y si no se acepta, es porque no puede mantener o forjarse una representación de sí misma que puede afirmar y valorizar, ni puede generar un proyecto de formación social al que pueda adherirse y por el cual quiera luchar.

El libro de Norbert Lechner está dividido en seis capítulos. En el primero, “La naturalización de lo social”, expone una reflexión sobre la naturaleza de lo social, entendida como la transfiguración del orden social en un aparente orden natural. Demuestra cómo la cuestión del orden atañe tanto a un problema estructural como a emociones, creencias e imágenes con las que nos identificamos con las prácticas cotidianas; y se vuelven colectividad en la medida en que se producen socialmente nuestras formas de interactuar.

El apartado dos, “La erosión de los mapas mentales”, explica la forma en que interpretamos la realidad social. Como afirma el autor, dependerá de los códigos de interpretación y la construcción simbólica de lo real para estructurar y ordenar la sociedad. Los mapas mentales ayudan precisamente a representar de manera simbólica la realidad definida en tiempo y espacio, y con ello orientamos las acciones a la construcción del orden social. Para arribar al orden requerimos hacer política con base en la reorganización y la reestructuración de las formas de concebir el quehacer político.

En la sección tercera, “Nuestros miedos”, Lechner describe tres fenómenos de gran importancia, derivados de su propio estudio para el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo sobre el caso chileno (1998): a) el miedo al otro (frente a lo desconocido o extraño); b) el temor a la exclusión económica y social (recelos que se expresan sobre todo en las relaciones de la vida cotidiana). Esta ansiedad por la exclusión se traduce como desconfianza hacia el sistema político; y, finalmente, c) el miedo al sinsentido (desasosiego que recoge un conjunto interminable de experiencias). Resalta como conclusión del estudio la idea del tránsito entre la modernidad y la posmodernidad, es decir, la modernidad como una historia de descomposición y recomposiciones colectivas, de identidades sociales, de hábitos y tradiciones. De lo que se trata es de que las emociones condicionen lo que puede y debe producir un orden democrático.

El cuarto capítulo, “La construcción social de las memorias colectivas”, muestra cómo las formas de interactuar, de convivir, tienen que ver con temporalidades, y éstas a su vez, con la producción del orden social. La interpretación del pasado a través de sus experiencias condiciona las trayectorias futuras. Para el autor, memoria y olvido son construcciones sociales porque finalmente son el parteaguas de la transformación social. Existe una relación entre orden, tiempo y memoria. Las *memorias* son productos del orden social en cuanto operan como criterios de selección e interpretación; el *tiempo*, por su parte, establece un contexto histórico en donde se mueven las memorias, y se produce un *orden* dado en el que se reconocen y procesan las memorias colectivas.

En el siguiente capítulo, “Orden y memoria”, Lechner nos habla sobre la institución del orden ligado a la producción del espacio y el tiempo. Señala que la memoria histórica es un referente pues le da sentido al orden, lo conduce y queda abierto al horizonte del futuro. Nuevamente, externa la preocupación de redimensionar espacio y tiempo, orientado siempre a la transformación del orden.

En la exposición final, “¿Cómo reconstruimos un nosotros?”, se nos explica que uno de los cambios más importantes que ha sufrido la sociedad es la creciente individualización, no obstante que la sociedad se ha vuelto más compleja, y que se han ahondado las diferencias, que ahora son difíciles de captar como demandas sociales específicas. Con toda esta pluralidad de individuos y de marcos normativos se dificulta la elaboración de referentes colectivos. Por ello, el individuo busca el arreglo del “yo” y deja de lado la forma de identificarse con los otros, para lograr así una construcción social generada a partir del reconocimiento con los otros. Para lograrlo, Lechner nuevamente nos recuerda que la producción de los códigos de interpretación logran reconocer la existencia de los otros y, por ende, comunicarnos. La política enfrenta, hoy en día, un gran desafío cultural: nombrar e interpretar los cambios sociales en curso, sin dejar de lado el factor histórico como elemento de referencia, es decir, la reconstrucción del espacio y la construcción simbólica del futuro.

En síntesis, su propuesta se fundamenta en los siguientes aspectos. Sugiere reformular y ordenar los códigos interpretativos para dar cuenta del reconocimiento de los otros. Lo que plantea es que en este contexto social es cada vez más difícil reportar el orden. Los códigos mediante los cuales clasificamos y ordenamos a la realidad social pierden su fuerza interpretativa. Los mapas cognitivos con que solíamos estructurar la vida social quedan trastocados. Entonces, los procesos se vuelven opacos e ininteligibles. Las cosas funcionan pero no logramos “pensar” en su ordenamiento. Asimismo, establece que el orden social está instalado en espacio y tiempo y, por consiguiente, es menester redimensionar estos dos aspectos, encauzados siempre a la transformación. Al referirse al tiempo, Lechner nos dice que la *construcción del orden está íntimamente vinculada a la producción social del espacio y del tiempo*.

Este libro incluye una diversidad de temas. La formación y constitución de identidades sociales y políticas tienen gran trascendencia en el ámbito sociológico, porque es a partir de la construcción de identidades sociales como se forman y elaboran las mentalidades políticas.² En esta misma lógica, la identidad social se constituye a través del reconocimiento con los otros. En última instancia, las identidades sociales se van articulando a través de la cotidianidad. El objetivo de la obra radica en analizar la vinculación de la cultura política con la construcción de identidades colectivas y el funcionamiento de los sistemas políticos. De esta manera, a diferencia de la visión conservadora sobre la invariabilidad del estado de las cosas, el autor defiende que el orden no se produce por leyes naturales, sino a través de la interacción de los sujetos sociales con reglas escritas y no escritas.

Norbert Lechner nos pone al corriente de las grandes transformaciones en los sistemas políticos; por un lado enfatiza la necesidad de formular nuevos códigos de interpretación que permitirán el reconocimiento con los otros; sin embargo, en el caso mexicano, no será fácil reformular o incluso construir códigos que diluciden la acción política moderna, bajo el supuesto de que México es un país que está creando “identidades” propias y que están siendo transformadas a través de las interacciones históricas y cambiantes. Por lo tanto, hablar de democracia supone un orden de todos, en el cual todos puedan vivir y satisfacer sus necesidades sociales. Para él, la democracia incluye las estrategias del consenso y la utopía del consenso. Las primeras son la defensa de la paz civil y el libre acuerdo sobre los procedimientos válidos para la toma de decisiones. Un orden democrático se sustenta en el reconocimiento de las diferencias, de la pluralidad, del conflicto y la contingencia. Pero, además, debe contar con consenso, con un acuerdo colectivo sobre qué se entiende por orden democrático y, en especial, sobre cuál es el orden democrático posible en una sociedad determinada. En suma, como el orden no es algo dado, sino una construcción social, lograr un orden democrático sólo puede ser emprendido colectivamente.

Nuestra forma de hacer política se está transformando y, bajo esta lógica, México requiere de una concientización por parte de los ciudadanos. La tarea es hacer una nueva política desde abajo; la reformulación de las nuevas modalidades de interpretar espacio y tiempo, todo orientado hacia la transformación del orden social. De lo que se trata es de conducir eficazmente la política a partir de una adecuada representación entre gobernados y gobernantes.

La culturalización de los individuos; el reconocimiento con los otros; la reformulación de los códigos interpretativos; el fortalecimiento de nuestras instituciones; la afirmación de la diferencia; la implantación de valores democráticos (tolerancia, respeto, consenso, diversidad, competitividad, reconocimiento); el equilibrio

² Roberto Gutiérrez, *Identidades políticas y democracia*, Instituto Federal Electoral, México, 2001.

entre los poderes de la federación; la relación entre gobernados y gobernantes a través de una representación política; la participación de actores sociales en el quehacer político; el equilibrio de las finanzas; etcétera, son elementos centrales para la construcción de un orden socialmente democrático. Éstas son algunas de las contribuciones de *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*.